

bam
bú

AMÉRICA

Nasario

Ricardo
Alcántara



Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, SA

© 2018, Ricardo Alcántara, por el texto
© 2018, Albert Asensio, por las ilustraciones
© 2019, Editorial Casals, SA, por esta edición
Casp, 79 – 08013 Barcelona
Tel.: 902 107 007
editorialbambu.com
bambuamerica.com

Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Primera edición: febrero de 2019
ISBN: 978-84-8343-583-0
Depósito legal: B-4738-2019
Printed in Spain
Impreso en Anzos, SL
Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).



Nasario

En la biografía de Nasario, como en la de casi todos los mortales, había de todo un poco. Aunque, pensándolo bien, en la suya había más de poco que de todo.

Nació a finales de noviembre, pero aquel año, extrañamente, en el pueblo hacía un frío de pleno invierno.

Le pusieron de nombre Nasario, igual que su padre, su abuelo, su bisabuelo...

El niño era tan feo que Margarita, su madrina, se negó a bautizarlo.

–Mujer, no te preocupes, con el tiempo mejorará –le aseguraban unos y otros, hasta que lograron convencerla.

Nasario tardó en empezar a caminar; en cambio, habló bastante rápido. Sus primeras palabras fueron «mamá» y «papá». Al escucharlo, sus padres se sintieron felices.

Nasario comenzó la escuela con seis años y, aunque era de los más bajos de la clase, la maestra lo sentó en la última fila. Tenía tantas cabezas delante que el niño pensaba que por eso no veía la pizarra.

Sus compañeros pronto comenzaron a meterse con él, porque no era demasiado listo, ni guapo. Era bastante bajito, llevaba la ropa vieja y remendada, era muy torpe y cada dos por tres tropezaba con la puerta, las mesas, la papelera y el resto de los niños...

A los siete años, descubrieron que no veía más allá de sus narices y le pusieron lentes. Por fin, Nasario consiguió ver lo que escribía la maestra en la pizarra, y sus compañeros tuvieron otro motivo para burlarse de él, pues era el único de la clase que llevaba lentes y los suyos eran realmente espantosos.

Poco después, se llevó su primer pescozón por parte de la maestra. Aunque el niño usaba todos los dedos, no conseguía sumar catorce más diecisiete y ella perdió la paciencia. Luego vinieron otros pescozones, y otros y otros, pero ese, al ser el primero, fue el que lo marcó más. Tal vez por eso nunca sintió especial aprecio por las matemáticas ni por su maestra.

Acababa de cumplir los ocho cuando comenzó a preguntarse por qué su casa era así de pequeña y él debía dormir en el comedor. Y por qué su familia solo tenía un huerto junto a la casa, mientras sus vecinos debían recorrer la finca a caballo.

–Así ha sido siempre y esas cosas no cambian –trataban de enseñarle sus padres. Pero él no terminaba de entenderlo.

Tenía nueve cuando se enojó definitivamente con los Reyes Magos: a todos sus vecinos les habían dejado una bicicleta; en cambio, a él, el camioncito de madera de todos los años.

Con doce años recién cumplidos, vio cómo la mayoría de sus compañeros se iba del pueblo para seguir estudiando; él debía quedarse para ordeñar la vaca, cuidar del huerto y poner remiendos en el techo de la casa para que no lloviera dentro.

A los trece dio un buen estirón, le salieron los primeros vellos en el bigote y se volvió tan vergonzoso que por todo se ruborizaba. A partir de entonces, cuando se sentía solo y triste, subía al tejado de la casa y miraba el cielo, los campos vecinos, el infinito...

Un bicho raro

Nasario no se sentía a gusto dentro de su cuerpo. No entendía qué pasaba, pero no se veía igual que los chicos de su edad. Tampoco se parecía a los mayores, ni mucho menos a los niños más pequeños. Pensaba que él era un bicho raro, y eso lo hacía sentirse perdido.

Cuando notaba que las paredes de su casa lo aprisionaban más de la cuenta, cuando en el huerto no encontraba un lugar donde estar a gusto, cuando ni siquiera le apetecía ir caminando hasta el río, subía al tejado y allí pasaba las horas. No hacía nada especial, simplemente paseaba la mirada e imaginaba. Pensaba qué diferente sería su vida si en vez de vivir en esa casa tan pobre fuera el dueño de los campos y las casas vecinas.

Sin dificultad, se veía recorriendo la finca a caballo, yendo de viaje en el automóvil con sus padres, vistiendo ropa bonita y que lo trataban con respeto porque era un joven rico.

Daba por hecho que todos sus problemas se solucionarían.

«¿Por qué el mundo es así de injusto? Unos tienen tanto que los demás nos quedamos sin nada», se decía. Y eso lo dejaba más abatido y pensativo.

«A mí me ha tocado ser pobre, como mi padre, mi abuelo, mi bisabuelo... Todos los Nasario de mi familia jamás han tenido dónde caerse muertos. Vaya familia», se quejaba, convencido de que tendría que haber nacido en una casa muy diferente a la suya.

El padre de Nasario, también llamado Nasario para no romper la tradición familiar, era hombre de pocas palabras; solo las justas y necesarias. Lo suyo era el campo, donde trabajaba y miraba el cielo por si anunciaba tormenta. Pero, al ver a su hijo tan serio y callado, el hombre se preocupaba. Se tomó su tiempo para pensar, hasta que, por fin, le dijo:

–Hijo, ¿qué te pasa?

Nasario tenía ganas de explicarle, de soltar todo aquello que tenía dentro, pero no sabía cómo comenzar y callaba.

Le pasaba lo mismo que a su padre: él también era de pocas palabras.

En vista de ello, su madre trataba de ayudarlo.

–Cariño, pareces triste, no me gusta verte así. Cuando sonríes estás mucho más guapo. Anda, sonríe –le pedía la mujer.

Nasario lo intentaba, pero no siempre lo conseguía.

Su padre le explicaba:

–No quieras correr demasiado rápido. Tiempo al tiempo. Lo que hoy te preocupa, mañana lo verás como una tontería.

Nasario lo escuchaba atentamente, confiando en que lo que su padre decía fuera cierto.

Nasario

El tiempo pasaba y el malestar de Nasario no desaparecía, todo lo contrario.

Todavía tenía trece años cuando una mañana de domingo, mientras daba vueltas por la plaza del pueblo, se cruzó con una chica de su misma edad a la que no conocía. Nasario la miró, se ruborizó como nunca, rápidamente desvió la mirada y se marchó de allí dando zancadas.

A la semana siguiente, volvió a la plaza con la esperanza de encontrarse con la chica. Ella estaba allí. Paseaba tranquilamente junto a Jacobo, uno de los jóvenes más ricos del pueblo, que había vuelto por vacaciones. Nasario dio media vuelta y huyó.

De camino a casa, pateó unas cuantas piedras y gritó con ganas, pero nada de eso conseguía aliviarlo. Sintió rabia e impotencia y concluyó que ninguna chica se fijaría en él porque era más pobre que las ratas. Tal era su desespero que las lágrimas rodaban por sus mejillas.

Fue a los catorce, en un momento de rebeldía que jamás olvidaría, cuando, subido al tejado, paseó la mirada por los campos vecinos y se prometió: «Algún día seré el dueño de todas esas tierras; hasta donde alcanza mi vista, serán mías. ¡Lo prometo!».

Antes de acostarse preparó un bulto, luego se tendió sobre la cama y estuvo toda la noche con los ojos abiertos.

A la mañana siguiente, antes de que los gallos del pueblo se pusieran a cantar, él se levantó. Asomó la cabeza en la habitación de sus padres y se demoró observándolos. Cabizbajo, regresó al comedor, tomó papel y lápiz y les escribió una nota que decía: «Volveré con los bolsillos llenos de dinero y compraré todas las tierras que rodean nuestra casa. Se sentirán orgullosos de mí. Adiós».

Sin más demora, para no tener tiempo de arrepentirse, se marchó sin mirar atrás.

Caminó, caminó y caminó. Llevaba el hatillo en la mano, el sombrero de paja en la cabeza, los sucios

lentes sobre la nariz y los agujereados zapatos en los pies. «A partir de ahora, la suerte me sonreirá», había oído decir al carnicero, y él comenzó a repetirlo, aunque en el fondo no estaba convencido de que diera resultado.

La primera noche durmió recostado junto al tronco de un árbol, al borde del camino, encogido de frío. La segunda, en el banco de la plaza de un pueblo tan pequeño y tranquilo como el suyo. La tercera, en un establo, en compañía de unas cuantas vacas. Aunque olía bastante mal, al menos no estaba solo. Pronto se le acabó la poca comida que llevaba y le asaltaron mil dudas: «¿Habré hecho bien en marcharme? ¿No habrá sido una rabieta de niño pequeño?», temía.

Nasario caminaba sin descanso, deseoso de encontrar la posibilidad de ganar dinero y regresar junto a sus padres cuanto antes.

